

CACICAZGOS PAMPEANOS: FRONTERAS ADENTRO, FRONTERAS AFUERA

Martha Bechis

Conferencia presentada en el Simposio *El Liderazgo Indígena en los Espacios Fronterizos Americanos (siglos XVIII-XIX)*. Coordinadoras Dra. Lidia Nacuzzi y Dra. Ingrid de Jong. Buenos Aires, 2 y 3 de agosto de 2007.

INTRODUCCIÓN

En este corto título se concentran una cantidad considerable de variables, conceptos y situaciones históricas que necesitan de instrumentos metodológicos que incluyen la ecología y la sicología social, la antropología y la historia, más un sentido de las situaciones coyunturales que los individualiza pero que no por ello los vuelve anecdóticos sino que confirman las visiones más inclusivas.

Además, debemos explicitar qué entendemos por frontera, cacicatos, estado, sociedades segmentales, interrelaciones e identificaciones tanto del sí mismo como del otro en contextos de distintos pesos históricos para los sujetos actuantes sin por ello descartar variables de reacciones individualizables que provocaron o alentaron o apuraron a precipitar los cambios estructurales o a confirmar situaciones de extrema tensión social.

Empezamos por aclarar qué entendemos por *fronteras*. Por un lado se la define como *el confín de un estado* con la aclaración de que este confín puede tener una precisión variable según estemos hablando de estados imperiales federativos o de estados imperiales centralizados o de estados-naciones.

Por supuesto también tenemos que puntualizar lo más precisamente posible en qué etapa de consolidación están cada uno de estos estados respecto de sus fronteras en el momento que se dieron los acontecimientos que estaremos presentando. Otra variable a tomar en cuenta es la de que la noción de las fronteras nacionales también tiene su historia hasta llegar a ser una *línea*, lo que se define como "una extensión considerada en una sola de sus tres dimensiones: la longitud", porque las fronteras modernas no tienen ni altura ni espesor. Esto es importante porque las otras dimensiones necesarias para la acción humana son o pueden ser o deben ser arbitrarias, lo que quiere decir que depende de dos puntos de vista: el de *adentro* y el de *afuera* para la definición de su espesor y su permeabilidad. Si bien el concepto de frontera puede tener otros contenidos -lo que reconocemos en planteos en función de otras variables- en esta situación que tomaremos como tema de este trabajo nos afirmamos en esta definición.

Tomemos un ejemplo: en 1815, en las Provincias Unidas del Río de la Plata se ubicó un puesto militar policial en Kakel Huincul, -no un fuerte- a varias millas al sur del Río Salado -hasta ese momento la frontera con el indígena- con el propósito de controlar a carboneros que producían el producto con la materia prima de las islas de monte del sur de Buenos Aires -como los del Tuyú- y lo elaboraban en hornos cercanos con el fin de venderlo a los pobladores de dentro de la frontera de Buenos Aires. En esa región, hasta un tanto más al sur, también estaban instalados señores terratenientes no reconocidos ni controlados en forma alguna por el estado como lo era, por ejemplo, Ramos Mejía. Algunas

de estas tierras se habían comprado, literalmente, a los indígenas en tratos convenientes para ambas partes sin ninguna intervención del estado.

El indígena tenía tratos directos con esos... ¿ocupantes? ¿ciudadanos?... mientras ellos tenían... ¿adquirían? ¿vendían? tierras, o materia prima para producir libremente lo que comerciaban en el territorio del estado de Buenos Aires.

Otros ocupantes -como los pertenecientes a los enclaves territoriales euroamericanos- eran oficiales. Estos enclaves eran objeto de ambivalencias por parte de los indígenas: por un lado ocupaban sus tierras pero, por el otro, eran lugares de intenso intercambio comercial. Estos enclaves y este comercio podía ser muy beneficioso en épocas de sequía prolongada, como la de 1828-31 porque el indígena podía pedir refugio como ocurrió aproximadamente en 1829 con la parcialidad de Llampilco quien pidió protección en la novísima Fortaleza Protectora Argentina porque su gente, entre el Río Negro y el Colorado, moría de hambre.

Además, el indígena tenía que vérselas con las expansiones de parcialidades hegemónicas que se desplazaban hacia las pampas como fue la expansión de los Bravos tehuelches septentrionales procedentes del Neuquén, o la de los huilliches chilenos sobre las Salinas Grandes a principios del siglo XIX y la de pehuenches, boroganos y realistas en épocas de la Guerra a Muerte en Chile la cual, terminada en aquel territorio en 1823, siguió su curso en las pampas hasta 1830.

El indígena entraba o no en relaciones económicas sociales, independientes o dependientes según le conviniera porque él también podía viajar a Buenos Aires y vender allí sus productos ya que el comercio entre indios no estatizados y pobladores de los estados siempre tuvo más presencia que las guerras o las paces interétnicas.

Así las cosas, mientras que grupos e individuos pertenecientes al estado podían o no tener buenas o ninguna o malas relaciones con los indígenas, la puesta en acción de estas interacciones dependía también del estado mismo de acuerdo al nivel de integración que esa población blanca tenía respecto del estado lo que, a su vez, era el resultado de la fuerza o intensidad o conveniencia de cada una de las partes entre sí.

En la parte indígena no existía un estado integrado o regente. Era una sociedad segmental a cuyas unidades llamamos *parcialidades* pero, incluso dentro de estas parcialidades formales, subgrupos o individuos de esa población podía intentar comercio, amistad o agresividad respecto de la población blanca cercana o relativamente lejana. Era una sociedad segmental cuyas unidades entablaban relaciones de conveniencia o logísticas en relación con los blancos ya en forma individual o grupal.

Pero estas relaciones tenían otra faceta o condiciones que las precipitaban o las contenían en la interacción con el otro: sus conflictos internos relacionados con las migraciones indígenas voluntarias internas, las que provocaban resistencias entre los segmentos mayores o una corriente de búsqueda de protección en la zona de población euroamericana ya de los segmentos mayores, de subgrupos o de individuos.

Los individuos o grupos familiares podían hacer una evaluación sobre la conveniencia de sumarse al grupo invasor, cambiar a grupos que tenían una estructura más eficaz para resistir a los grupos invasores o buscar protección entre sus enemigos de siempre, los blancos, los que podían convertirse en sus aliados contra esos segmentos invasores agresivos.

Así es que encontramos una gran variedad de casos de agrupaciones indígenas libres que podemos incluir, con cierto peligro de rigidez, en tres categorías interétnicas: los aliados, los de guerra y los no comprometidos, mientras que aquellos ya refugiados en tierras estatales fueron llamados, .y nosotros los llamamos, *indios amigos*. Así completamos cuatro categorías de grupos de indígenas generalmente individualizados o nombrados bajo el nombre del cacique que aconteciera fungir como tal en un período histórico determinado. Por supuesto tenemos otros indígenas ya asimilados a la población blanca como individuos de los cuales no hablaremos en este trabajo.

En resumen: la situación del grupo indígena como amigo, aliado, enemigo o indiferente era función de la interacción entre blancos e indígenas, la que a su vez se veía afectada por las condiciones internas de cada uno de esos agregados en cuestión. Veamos sucintamente una de estas situaciones de interacción inter e intraétnica en el contexto de los años 1717 al 1737. Para ello tenemos que retroceder hasta la segunda mitad del siglo XVII, en los comienzos de la guerra por las vacas... y los caballos.

En la zona serrana de Sierra de la Ventana tenían sus toldos los Mayupilqui y los Yahatti. Estas casas caciquiles tuvieron una larga y accidentada historia entre 1680 y 1750 año en que desaparecen del horizonte social aunque pudo haber sido que la de los Mayupilqui continuara en la casa caciquil de los Cayupilqui con lo cual se habrían extendido hasta 1827 aproximadamente.

Estas primeras fechas son concurrentes con la presencia de un conflicto típicamente pampeano: la guerra por las vacas que ya había comenzado unos años antes.

En esta guerra entre indígenas libres y vaqueros cristianos, los indígenas habían atacado a viajeros y vaqueros produciendo varias muertes mientras que aquellos arriaban los animales y, aprovechando que los hombres indígenas estaban de recorrida por lo que consideraban su territorio, obligaban a las mujeres indígenas que quedaban con niños y viejos en los campamentos a tener relaciones sexuales con ellos.

Debido al asesinato de uno de estos vaqueros, Herrera de Garay en 1707, hombre prestigioso tanto en Cuyo –perteneciente a la Capitanía de Chile en esos años- como en Buenos Aires, se hizo una detención de jefes indios a los que se les siguió juicio y finalmente fueron asesinados a mansalva.

Si bien Buenos Aires defendió la causa de Herrera y Garay no estaba de acuerdo en lo relativo a que se vaquearan las pampas por gente de Cuyo, Córdoba, Chile y hasta La Rioja ya que consideraba que el ganado vacuno era pampeano y le pertenecía por su origen rioplatense. Los indios también los consideraban suyos ya que nacían, pastaban y se desarrollaban en su territorio.

Pero un peligro mayor amenazaba a ambos: era la poderosa parcialidad de los Bravo, con Cacapol y Congapol a la cabeza desde las tierras del este de lo que es hoy la provincia de Neuquén. Ante este peligro, Buenos Aires envió, a principios de 1717 *efectos y regalos al indio cacique Mayupilquian* (tal vez Gregorio) *con el nombramiento de Guardia Mayor para la defensa y custodia de esta campaña*. Además había el proyecto de llamar a Buenos Aires a Mayupilqui y Yahatti para que hagan correrías o que den las noticias que supieren sobre cualquier movimiento del que tuvieran conocimiento. La finalidad última era “celar esta campaña –ya reconocida por el rey como perteneciente a Buenos Aires- de toda extracción de ganado vacuno y sus matanzas por parte de las ciudades circunvecinas”.

Los nombrados contaban con 90 hombres para defender unos 80.000 km² de todos los destinos menos de Buenos Aires mientras eran empujados por los Bravos que querían participar de ese botín mugiente así como por los Calelian del sur de San Luis que también competían por apoderarse de esas vacas.

Mayulpiqui y Yahatti no pudieron cumplir con lo que Buenos Aires les había encargado. Esto resultó en que estos indígenas aliados se convirtieran en indios refugiados –luego llamados *indios amigos*- en Lobos, al este del Río Salado mientras los Bravos ya en 1730 habitaban tanto el Casuhati (Sierra de la Ventana) como toda la Tandilia conservando, además, su territorio original.

Pero, tal vez por robos que los indios amigos hacían en su contorno por una extrema sequía o por participar en una invasión a Arrecifes en busca de sustento, los Mayupilqui fueron arrojados fuera de la frontera *a merced de sus enemigos quienes ya en 1731 los acusaron de colaborar con el español*.

Ya en tierras indígenas el gran cacique Gregorio Mayupilqui fue ultimado por indígenas de su misma región de origen. El colaboracionismo ya era mal visto por propios y ajenos.

Esta suma de acontecimientos, que llevó a los Mayupilqui desde enemigo de los blancos a enemigo de los indígenas –pasando por indio aliado y luego indio amigo- es lo suficientemente ejemplarizante como para tener una idea de cómo las cambiantes políticas de los blancos podían hacer héroes y hacer víctimas, con la mejor intención de defender... sus bienes económicos.

LA SITUACIÓN DE LOS "INDÍGENAS ALIADOS"

Desde el punto de vista del estado argentino, ya fuere una provincia, ya todas las provincias, el indio aliado vivía fuera de las líneas de la frontera.

Raciones y/o regalos llegaban a esas agrupaciones como muestras del reconocimiento de su amistad. Estos abastecimientos tenían también la función de reconocimiento del liderazgo de tal o cual figura que fungía como cacique principal y cacique secundario o cualquier otra forma de liderazgo como en el caso paradigmático de los boroganos cuya composición histórica fue de la suma de distintos grupos, los que llegaban con sus respectivos líderes, lo que los llevó a hacer un liderazgo plural en el que se iban destacando algunos de los 5 ó 6

caciques más prestigiosos formando una especie de Consejo en el que –a su vez– se destacaban *sus cabezas* en uno o dos de ese selecto grupo.

Las raciones dirigidas hacia las personas de los caciques reconocidos por el donante otorgaban al agraciado un reconocimiento y un prestigio que afirmaba su liderazgo por lo cual su status se reforzaba ante sus seguidores.

Pero no aumentaban su poder, dimensión del cacicazgo que tenía una fuente más endógena, es decir, de más adentro del consenso de los seguidores, que desde afuera. Esto estuvo bien ilustrado en un segmento del libro de Mansilla en el que Mariano Rosas o Panguitruz-Guor le decía al militar: “entre los civilizados el que manda manda... aquí no”; aunque la personalidad del líder se imponía muchas veces pero este fenómeno se presenta más frecuentemente en la segunda mitad del siglo XIX. No es extraño que haya sido en esa mitad de siglo que la legitimación del liderazgo haya adquirido algunos matices divinos cosa que, según creemos, no se dio en tiempos anteriores.

El que tenía problemas en definir quienes eran indios aliados era el estado. Dos razones contribuían a esto. Primero la inestabilidad política e ideológica de personas claves de ese estado, sobre todo en la época republicana y, segundo, la capacidad económica de ese estado. Rosas planteó bien claramente esta última variable: “no podemos mantener a todos, tenemos que decidir quien es el aliado y quien no y, a este último, hacerle la guerra”.

Pero el ser aliado le daba ventajas a los estados por lo que algunos indígenas explotaron esta *debilidad* haciéndose aliados de los dos estados adyacentes, Chile y Argentina, aunque algunos rechazan esta dualidad sobre todo en los momentos más críticos de las relaciones entre esos estados. Daremos un ejemplo: para 1828 ya estaban instalados los boroganos en Las Salinas Grandes. Eran realistas que habían huido de Chile algunos de ellos desde antes de la finalización de la Guerra a Muerte. Muchos de esos caciques llegaron a las pampas con los Pincheira criollos chilenos realistas empujados hacia las pampas por las fuerzas patriotas chilenas que no pudieron alcanzarlos.

Los boroganos migrados quisieron ser reconocidos como aliados por el gobierno de Buenos Aires en 1829. Se quejaban a Rosas de la ninguna hospitalidad que les brindaban los indígenas de las pampas, los que manifestamente les exigían que volvieran a sus tierras chilenas. Pero se hicieron amigos de los ranqueles mientras el gobierno de Buenos Aires reunían a los caciques más importantes de su agrupación para firmar tratados de paz. En una visita a Buenos Aires los caciques fueron instalados en la Chacrita de los Colegiales y allí hasta Rosas cocinó para ellos. Con Yanquetruz por un lado y Rosas por el otro, los boroganos se sintieron seguros.

Mientras tanto Rosas ya había iniciado sus manipulaciones en la Araucanía para atraer fuerzas capaces de batirlos. Para ello envió a Toriano –un pehuenche que había cambiado su lealtad de los españoles a los patriotas– a buscar guerreros a la Araucanía entre las pocas agrupaciones que había sido leales a los patriotas en tiempos de aquella Guerra a Muerte.

Toriano tardó casi un año en reclutar aquellos voluntarios y llegó a las pampas del noroeste de la región de las salinas con unos 2000 guerreros. Atacaron a los

boroganos cuando éstos preparaban una Junta con Yanquetruz, a quien los boroganos pensaban regalar regimiento con los obsequios que Rosas ya les había entregado en Buenos Aires a el grupo de líderes boroganos y con los regalos que estaban seguros traería el segundo grupo a los que Rosas estaba agasajando, grupo que volvió con las manos casi vacías.

Esos patriotas venidos desde Chile no pudieron vencer a los boroganos aún divididos entre los que recibían a Yanquetruz en el lugar de la Junta y los que salieron a pelearlos.

Este fracaso fue tapado por Rosas para disimular ante los boroganos. Pero le preocupaba la alianza de ellos con Yanquetruz quien había llegado a las pampas aproximadamente en 1828 con el fin de auxiliar a los ranqueles vencidos por fuerzas de Córdoba y tenía mucho poder entre los ranqueles pampeanos al unírseles con sus ranqueles-pehuenches.

Toriano no supo qué hacer, le había fallado a Rosas, seguía como pehuenche entre los pampas y odiado por los todavía amigos de Rosas, los boroganos.

Para el año 1832 ya Toriano no gozaba de las preferencias de Rosas quien mandó invadirlo y fusilarlo. Mientras, Yanquetruz fue engañado con extrema sutileza rosista. Secretamente le hizo saber que en agosto de 1831 iba a largar una invasión contra los ranqueles desde Río Cuarto. En plena brutal sequía que ya hacía dos años azotaba toda la pampa, Yanquetruz se adelantó a lo que creyó que iba a ocurrir y se dirigió a Río Cuarto con todas sus fuerzas.

No encontró ningún preparativo de lo que esperaba. Al contrario: se lo culpó de ir a atacar Río Cuarto con la ayuda de algunos unitarios desperdigados por las pampas y fue ya definido como enemigo. Esto obligó a los boroganos a separarse formalmente de los ranqueles por lo cual, estos boroganos, quedaron indefensos y se aliaron con más determinación a Rosas, lo que en pocos años más hizo que cayeran abatidos por unos terceros aliados al mando de Calfucurá, quien cinco años atrás era un caciquillo que había llegado a las pampas con las fuerzas que Toriano había ido a buscar a la Araucanía. Años más tarde Calfucurá escribió: "yo soy chileno, vine aquí porque Rosas me llamó..."

Otro caso memorable *de indio aliado* es el de Sayhueque y ya estamos en la segunda mitad del siglo XIX. Sayhueque fue indio aliado desde los años '60. Rechazaba gente y símbolos chilenos, afirmando su argentinidad y esa argentinidad la expresaba, por ejemplo, con el tamaño de la bandera argentina que quería para sus toldos, la que debería ser más grande que la del cacique tehuelche Casimiro quien buscaba la amistad y el reconocimiento oficial, que obtuvo, de los gobiernos de Argentina y Chile, lo que Sayhueque despreciaba.

Sayhueque se convirtió en el Rey de las Manzanas, según decía Moreno, apartándose real y simbólicamente de otros caciques más al norte que cuidaban hacienda de comerciantes chilenos.

Pero llegó el momento de la total ocupación del territorio hasta los ríos Neuquén y Negro. En 1878 Napoleón Uriburu comandaba la cuarta división de esa primera etapa dirigiéndose al sur desde Mendoza por tierras geográficamente muy

difíciles, frías, escabrosas y con caciques muy poderosos, todo lo cual hizo de esa cuarta división una de las más sacrificadas.

Mientras, Sayhueque demostraba en todas las formas posibles su lealtad al gobierno y al estado argentino.

Uriburu, de acuerdo a las órdenes recibidas, estableció un fuerte en las orillas del Neuquén y el Curri-leuvú el 7 de marzo de 1879. Allí debía establecerse y restablecerse a la vez que Roca, jefe supremo de todas las fuerzas, se preparaba para ser presidente.

Pero Uriburu creyó ver debilidad en su posición geográfica a la vez que los indígenas se iban reuniendo al sur del río Negro para hacerle frente. Sayhueque no participó en esto. Seguía su política pública lo mejor que podía incluso a riesgo de ser atacado por los demás indígenas.

Uriburu no sólo enfrentó a los enemigos sino que, desobedeciendo a Roca, pasó el río Negro con el fin de asegurar un área mayor para mantener ese fuerte. Desobedeciendo las órdenes del Estado Mayor, Uriburu dirigió sus fuerzas hacia el centro del Neuquén con amenaza de incluir a Sayhueque en ese ataque. Roca lo apercibió y, tal vez con el fin de afirmar su estrategia de guerra, el 23 de junio de 1879 nombró formalmente a Sayhueque Gobernador de las Manzanas, mientras que Uriburu pedía su baja del ejército.

Sayhueque creyó que ya tenía asegurado el respeto de Roca y de todo el ejército, lo que se vio que no era así porque, después de aquella primera parte de la campaña total, comenzó la segunda que consistió en asegurar todo el territorio del Neuquén bajo el dominio oficial. Sayhueque escribía cartas encabezadas con "Gobierno de las Manzanas" aún mientras se iba retirando de su territorio.

Pero ya Roca era presidente y su ministro de guerra General Victorica se encargó de cumplir con los planes oficiales mientras se iniciaban las conversaciones por los límites internacionales lo que se concretó después de firmado el Tratado de Límites con Chile el 23 de julio de 1881.

Se ordenó expediciones al actual territorio de Neuquen que tendrían por meta el lago Nahuel Huapi. Participaron en ello una escuadrilla pluvial y tres brigadas que desde distintos puntos direccionaron hacia el gran lago.

Sayhueque se retiraba y juraba no entregarse nunca. Cinco años duró su resistencia deambulando por el Chubut hasta que, diezmada su gente, se presentó en el Fuerte 4ª División en 1885.

¿Qué había fallado en Sayhueque? Su sueño de ser gobernador de las Manzanas porque era dueño y señor de un territorio que ya no le pertenecía. Se lo habían prometido pero no por sus cualidades y capacidades sino en aras del orden del avance de las tropas hasta los confines del territorio que en 1885 se definió como argentino.

¿Qué conclusiones sacamos sobre la interacción blanco-indio en estos tres períodos?

Para los indígenas libres el aliado no era bien visto y podía llegar a ser considerado un traidor a su propia raza porque aumentaba el poder del estado contra ellos. Era un traidor pero tenía la posibilidad de darse cuenta convirtiéndose en enemigo de sus ex aliados, los blancos. En general el aliado se hace aliado por conveniencia en contra de algún enemigo que ya es o puede llegar a serlo también de su aliado.

Los Mayupilqui, después de soportar dos exiliados a Santo Domingo Soriano y el peso de aguantar decenas de vaqueros en los territorios que consideraban suyos por ser pampas, comenzaron a sentir la fuerza de los Bravos con Cacapol y Cangapol a la cabeza desde el lejano sudoeste neuquino. No pudiendo soportar esta presión pidieron ser amparados en tierras españolas convirtiéndose en indios amigos de esas épocas cuando no se militarizaba a esos refugiados y, tal vez, no se los mantenía. Pero sin servir para nada útil y no siendo controlados desde cerca, fueron fácil presa de los que sentían molesta su presencia con razón en parte, sin razón en otra.

Ya no sus enemigos directos sino, al parecer, sus propios parientes no olvidaron que se habían refugiado entre los blancos o, tal vez, existió la posibilidad de que ya en contacto con los Bravo no hayan querido sostenerlos en su vuelta a sus familias.

De manera que en el corto período de unos 27 años (1710-1736) los Mayupilqui fueron: (a) enemigos de todos los vaqueros; (b) aliados de Buenos Aires; (c) indios amigos de Buenos Aires y (d) asesinados en sus propias tierras. Es el caso más trágico, cambiante y complejo de relaciones intra e interétnicas que conozcamos.

Los boroganos fueron rechazados por todos los indígenas pampeanos, fueron realistas y enemigos de algunos de ellos y del gobierno argentino, poco a poco llegaron a ser aliados dudosos de Buenos Aires y luego aliados de Rosas y luego enemigos de los huilli-pehuenches calfucuraches. Pero se puede asegurar con toda firmeza que semejante recorrido fue diligentemente vigilado por Rosas una vez que el gobierno de Buenos Aires notó su presencia organizada como una parcialidad más en las llanuras.

Sayhueque es la figura trágica de la historia indígena. Todo su nacionalismo, toda su inteligencia, toda su idoneidad, todo su manejo fuerte pero sutil de su gente, comenzó a declinar antes de recibir el nombramiento tan deseado por él, el nombramiento de Gobernador de las Manzanas. Ese nombramiento sólo fue oportuno para salvarlo de las garras de Uriburu y con el sólo fin de no desarticular los planes de la conquista total y final.

Su gobernación era un absurdo político que él no supo entender, ya que seguía insistiendo en algo que siempre pregonó: que esa tierra que ocupaba su parcialidad le pertenecía y que por su poder personal sobre tanta gente y sobre los enemigos del estado, esa pertenencia se le haría más meritoria. Lo que él no sabía era que esa tierra se iba a transformar en territorio nacional por lo que eran las autoridades nacionales las que, en última instancia, daban, regalaban, vendían, asentaban, reservaban esas tierras en un estado que no reconocía la tenencia de la tierra por origen de ocupación sin que fuera una decisión del

estado argentino. Legalmente hablando, en un estado nación un cargo en el estado no implica la posesión del territorio en el que ese cargo se desempeña. Sayhueque quería ser más que indio aliado, quería ser parte del gobierno de los conquistadores sin entender el orden político del estado-nación.

INDIOS AMIGOS O REFUGIADOS

Las parcialidades indígenas organizadas con jerarquías propias que fueron aceptadas fronteras adentro eran llamadas *indios amigos*. El término cargaba con cierta ambigüedad en relación con otros que estaban fronteras afuera, que eran fuertes aliados del poder estatal de turno. Otra ambigüedad provenía de la forma de relación que guardaban, o más bien, que se les exigía de parte de los distintos jefes de la frontera o miembros del poder político/económico sobre todo cuando ese poder estaba disputado o, por lo menos, criticado internamente en el mismo estado.

Las luchas por el poder en el segundo medio del siglo XIX exigían lealtad de los indígenas de uno u otro grupo de amigos y, a veces, de todos ellos dependiendo de la cantidad de lanzas preparadas para luchar con que contaba cada parcialidad en ciertos momentos.

Tanto la parcialidad de los Catriel y la de los Coliqueo, por ser las más fuertes, sufrieron tal cantidad de acciones disputadas que llevó a esas parcialidades a conflictos violentos entre hermanos una vez que la gran figura del primer jefe amparado dentro de la frontera hubiere fallecido. Los hermanos jugaban su herencia caciquil con sus vidas. Creemos que esto se debió más a la constante tensión de adaptación a un medio conflictivo que a alguna característica intrínseca de la organización política indígena.

¿Por qué digo esto? Pues porque más o menos manipulada o no, la autoridad del cacique *de afuera* era pensada, discutida y necesariamente aceptada por la mayoría manifiesta de los seguidores ya en los parlamentos ya en las charlas informales. Además, el cacique no respetado o directamente rechazado corría el peligro de que sus indios buscaran otras parcialidades, es decir, desertaban lo que apuntalaba la autoridad del cacique receptor.

Uno de los casos más conocidos es el de la desgraciada rivalidad entre Justo Coliqueo y su hermano Simón una vez que Coliqueo padre había fallecido. Justo sufría trastornos mentales por los que había sido internado en un hospital de Buenos Aires por un año. Su hermano Simón lo protegió, lo esperó reemplazándolo como jefe de la parcialidad mientras Justo se reponía.

Pero Justo se unió a Pincén y a Ebugmer y otros indios de guerra y puso sitio al poblado de su propia familia de los Coliqueos en octubre de 1876. De las filas de los sublevados salió un orador quien se dirigió a Simón en nombre de sus dioses, de su descendencia de Caupolicán y sus sucesores "valientes defensores de nuestras libertades", en nombre de todo esto "te rogamos que nos sigas al desierto (...) juntos combatiremos a estos perros cristianos pues sólo la esclavitud se puede esperar de ellos (...) Serán siempre unos ladrones de campos, de mujeres y de hijos (...) ellos nos han quitado nuestras tierras"...

Los atacados no variaron su conducta. Los atacantes se retiraron. Días después Justo Coliqueo quiso volver al pueblo de Los Toldos a integrarse a su comunidad y su familia pero fue lanceado y muerto por el grupo de indios de guerra pertenecientes a la parcialidad de Pincén.

Justo Coliqueo no había podido zanjar la distancia entre la civilización y el mundo indígena libre. Su padre, sus hermanos, su familia y muchos de sus seguidores, a pesar de las injusticias, de la pobreza, del no ser escuchados por las autoridades de Buenos Aires, de no poder estar seguros dónde los iban a ubicar y negados de la posesión de sus tierras, siguieron fieles a un ideal que nunca se les hizo realidad. Tenían esperanzas.

Pero las tensiones de los indígenas amigos no sólo se planteaba entre la libertad y la sumisión. Incluso esa sumisión se les hacía problemática frente a los conflictos en que recaían los mismos blancos entre ellos mismos y entre ellos y los indígenas amigos sobre todo en la época formativa del estado nacional 1852-1880.

Los Catriel, ya incorporados como indios amigos desde los principios de la época rosista, fueron actores de una tragedia mayor que la de los Coliqueo.

Un año antes de morir Juan Catriel o "Catriel el Viejo" en 1849 le sucedió en la dirección de la parcialidad un hijo suyo, Juan Catriel, a quien, al morir en 1866, le sucedió su hijo menor, Cipriano, dado que el mayor no quiso asumir los compromisos con los blancos en que había incurrido su padre.

Cipriano era notable por su colaboracionismo rechazado por los otros dos hermanos. Pero no era solo el colaboracionismo. Las formas sociales básicas que los indígenas amigos podían conservar sin por ello ser desechados o expulsados como indios amigos fueron manipuladas por Cipriano en tal forma que aún sobrepasaban las exigencias de la aculturación requerida por las autoridades militares. Tomamos un ejemplo: en 1872, en la batalla de San Carlos en la que se enfrentaron Calfucurá con sus aliados y las tropas nacionales comandadas por Rivas y Boer. En el lado de los nacionales participaban Cipriano Catriel y Coliqueo con 1150 lanzas indígenas en el ala derecha.

Como era costumbre las fuerzas indígenas integradas a las tropas nacionales casi siempre eran las primeras en recibir la orden de atacar. Cipriano arengó a sus tropas sin mucho éxito, entonces pidió al General Rivas 50 tiradores que puso en la retaguardia de su propia gente con orden de tirar y fusilar a los que quisieran desertar. Esa fue su forma de mostrar la fidelidad al gobierno nacional.

En la revolución de 1874 los catrieleros, con Cipriano a la cabeza, se pusieron a las órdenes de los mitristas. Entre los pequeños combates y todas las idas y venidas de la política de los nacionales, Cipriano cayó prisionero de las tropas exitosas de turno.

En Consejo de Guerra los militares decidieron entregar a Cipriano y su secretario Avendaño a los otros hermanos Catriel. Toda la situación está plagada de mitos, mentiras y verdades dudosas pero lo cierto es que Juan José lanceó y degolló a su hermano Cipriano y a su secretario, con tal rapidez que nadie pudo intervenir... según se dice. El fratricidio fue flagrante. Los Catriel siguieron al

gobierno de Avellaneda con su ministro de guerra Alsina. Pero de nada les valió su drama ni sus lealtades. Las tierras que ocupaban eran demasiado valiosas para cualquiera que estuviera en el poder.

Idas y vueltas, traiciones y lealtades, aliados con otros indios y aliados con algunos blancos, los Catriel se rindieron en Carmen de Patagones y los dos hermanos, Juan José y Marcelino, fueron presos en Martín García. Luego, restablecidos en una colonia, los indígenas fueron bautizados convirtiéndose en indios asimilados.

Ya generalizando podemos resumir y agregar algunas de las transformaciones que forzosamente obligaban a los indios amigos, a los indios frontera adentro.

Lo que creo más importante señalar es que las parcialidades estaban sujetas a un estado representado por el presidente de turno y por las fuerzas armadas de la nación, según los vaivenes de esa etapa formativa del estado nacional que recién culminará en 1880. Creo que no es suficiente repetir varias veces que los indios amigos estaban sujetos a un estado, no a las autoridades de turno. Tomemos un ejemplo en los Catriel en estrecha relación con Calfucurá y con Urquiza cuando Buenos Aires se separó de la Confederación Argentina. Catriel, Calfucurá y otros siguieron amigos y aliados a la Confederación. Cuando el conflicto terminó, Catriel siguió siendo indio amigo o refugiado en el estado argentino que se constituyó en 1857. En realidad los Catriel nunca dejaron de ser *indios amigos* porque lo eran de un estado y no de la autoridad bonaerense de turno.

Esta etapa formativa del estado llevaba a que las disidencias internas se manifestaban en secesiones, revoluciones y autoridades que tenían el poder directo en sus manos. Las manipulaciones de ese poder directo comprendían también a los indígenas internos a la frontera.

Los reclamos de los indios amigos por tener un territorio propio se oían en algunos momentos, se negaban en otros sin que se aclarase que en un estado-nación el territorio es del estado y que es este estado el que puede conceder tierras en propiedad, ya por venta, ya por premios, ya por necesidad de gozar de una vida tranquila.

Todo era improvisación y en medio de esa improvisación la vida de los indios se movía como podía. El indio amigo podía ser expulsado de ese territorio en cualquier momento. De ahí, esas pruebas de lealtad las que se les exigían más que a cualquier ciudadano.

Algunos jefes indios resolvían esta inestabilidad por la fuerza contra sus seguidores, aquello que le decía Mariano Rosas a Mansilla en los comienzos de la década del '70 se volvía borroso. Mariano le decía: "entre los blancos, el que manda, manda, entre nosotros no". Las cosas no estaban claras porque *el nosotros* estaban dentro de un estado. Catriel puso tiradores del ejército detrás de sus hombres en la batalla de San Carlos. Los indígenas en el exterior tenían que ganarse esa fuerza con actos de valentía y persuasión por parte del cacique.

La parcialidad refugiada cargaba con las críticas al mismo tiempo que con la envidia de las libres y los movimientos de resistencia que brotaban desde

adentro. La diferenciación interna oscilaba según las circunstancias. En realidad todo estaba a prueba de la situación externa y la reacción interna.

Pero algunas cosas no oscilaban. Ejemplo de esto fue la prohibición de la venganza interna. Esto es casi un capítulo a parte. La venganza por una falta cometida contra otro indio o por la muerte de un ser querido y próximo, no sólo representaba socialmente el valor del individuo asesinado sino el valor de los que llevaban a cabo el acto de venganza.

Pero no eran los caciques y su gente los únicos que sufrían por la prohibición de esta costumbre. En cierta ocasión, unas mujeres indias que habían sido acusadas de brujas por la comunidad de los Catriel, pidieron ayuda a las autoridades las que se encontraron así mismas protegiéndolas de esas acusaciones con lo que mostraban una participación en asuntos internos de los indígenas lo que podía llevar a una gran confrontación. La defensa de esas mujeres portadoras de gualicho pudo haber puesto en peligro por completo las relaciones de amistad entre indígenas y blancos.

La venganza se prohibió... y los caciques lloraron. ¿Qué lloraban los caciques cuando se les exigió que establecieran esta prohibición en toda su parcialidad? La pérdida del honor interno a su comunidad. ¿Cómo no vengar la muerte con otra muerte? ¿Quién se haría cargo de penalizar al infractor? ¿Las autoridades nacionales?

Los cristianos definían las reglas de los indígenas como les convenía. En algunas circunstancias se las dejaba a juicio de la comunidad o de los caciques de la comunidad, en otras intervenían en la vida de esa comunidad, si les convenía. Así pasó con el juicio a Cipriano dejado en manos de sus hermanos que eran partidarios de la facción ganadora en la revolución de 1874.

En realidad una parcialidad amiga estaba siempre bajo la cripto amenaza de ser expulsada del territorio del estado lo que representaba una amenaza constante de destrucción por parte de cualquier parcialidad aliada o de guerra. Fue lo que le pasó a Gregorio Mayupilqui, lo que terminó con su asesinato en manos de su propia gente que había permanecido fronteras afuera.

Otro aspecto ambivalente de la situación del indio amigo era la cantidad de regalos que percibía de parte de los blancos. La cantidad de regalos que percibía estaba directamente relacionada con la envidia desde *los de afuera* pero, por otro lado llenaba de orgullo a los amigos. Se sentían poderosos, amenazados y envidiados al mismo tiempo que despreciados por la forma de *venderse* a los blancos. Por parte de los blancos el regalo les exigía lealtad pero, a su vez, era otro motivo para desear que se fueran porque los gastos del gobierno hacia ellos se acrecentaban desproporcionadamente respecto de otros grupos humanos internos al estado que experimentaban pobreza y deberían entrar en el ejército el que a veces ni les pagaba por los servicios prestados.

La envidia de los de afuera también se expresaba en el poder que los caciques iban acumulando sobre sus seguidores ya que dentro del territorio la capacidad de mando se acrecentaba en la medida que las situaciones urgentes internas y las generadas desde afuera requerían soluciones más rápidas. El límite era la capacidad del cacique en transmitir órdenes internas en forma de pedidos.

Pero había justificaciones y más aun cuando el proceso de integración ya se había prolongado lo suficiente como para alejarlos de los problemas y las miserias que ocurrían y amenazaban a algunos aliados.

Por un lado, los amigos se salvaban de las amenazas y los hechos de guerra de parcialidades más poderosas que las de ellos. Tenían un mantenimiento suficiente o no pero constante ante fenómenos climáticos y geológicos como la desertificación de sus tierras y podían tener el auxilio de la medicina más eficiente de los blancos.

Todo esto llevaba a una longevidad mayor con el resultado de familias más numerosas y de mayor sobre vivencia aunque la exigencia de la monogamia ponía límites a sus mujeres y a sus proles. Esto último no tenía consecuencias políticas sobre la sucesión al cacicazgo ya que, en general, entre los indios libres se reconocían como posibles sucesores a los hijos de la primera mujer del cacique.

Este equilibrio entre ventajas y desventajas de ser un indio amigo también se notaba en las conductas de los blancos que los tenían en su territorio. El indio amigo era una ventaja como soldado de primera línea, por la información de toda índole que tenían sobre otros indios aliados o enemigos o por el conocimiento geofísico de los lugares por los que las tropas estatales debían transitar.

Pero era también una desventaja porque las tierras que ocupaban, si bien se iban valorizando en el mercado debido al desarrollo general, tanto económico como territorial, también se desvalorizaban en algo porque había una incertidumbre generalizada ya que no se sabía dónde iban a ser instalados definitivamente esos vecinos indeseables, pobres y *salvajes*.

El indio amigo, como todo refugiado, sufría una ambivalencia constante entre una libertad que lo podía llevar directamente a la muerte y una sumisión que hacía su mera existencia cada vez menos valiosa.

PALABRAS FINALES

Hemos recorrido unos tramos de historia interétnica de la frontera sur con el fin de cualificar *grosso modo* las distintas posiciones en que las parcialidades indígenas estuvieron respecto de la etnia blanca.

Las categorías que usamos fueron: indios amigos, indios aliados, indios de guerra e indios indiferentes a lo que tendríamos que agregar los incorporados individualmente en la sociedad blanca. Es indudable que aun estas categorías tuvieron su tiempo histórico y que pertenecen casi de lleno al siglo XIX pues en los comienzos de la conquista hubo otras como indios residenciados y indios encomendados.

La pertenencia de una parcialidad a una de esas categorías no fue fija en el tiempo sino todo lo contrario y más aun si sumamos al estado de la relación interétnica la formación casi constante de nuevos casos así como el desvanecimiento de ellos también constante en la corta duración dentro de los

356 años -desde la fundación de Corpus Christi hasta la ocupación completa de tierra de aborígenes- en los que se fueron desarrollando estas relaciones interétnicas.

Cómo fue que la conquista en la frontera sur haya sido un proceso que haya tomado tanto tiempo, sería tema de otro trabajo muy interesante por cierto.

De todos modos fue bastante irónico el que esos blancos recibidos como mensajeros o corporizaciones de las divinidades por los centros indígenas más desarrollados del continente se haya revelado bastante temprano como la mayor amenaza para esos pueblos receptores.

Sabemos que ésta y muchas otras contradicciones no fueron producto de algún maquiavelismo especial de la etnia blanca solamente. Los pueblos precolombinos, y los de esas zonas que por el momento quedaban fuera del alcance de los blancos, tuvieron sus siglos y ciclos de invasiones, guerras, incorporaciones forzadas, desvanecimientos, surgimientos de nuevas unidades y poderes, desarrollo de nuevas formas de gobierno o liderato etc. recíprocas. Nada y todo fue nuevo para los nativos americanos descubiertos por la cultura europea.

Pero desde aquel primer momento tenemos una historia mejor registrada en la cómoda escritura occidental como fuentes para explorar presentes pasados aunque a veces lo hagamos con una ingenuidad que ni la Historia, ni la Antropología Histórica ni la Etnohistoria se merecen.